

—Su celoso eterno—
Cautiva en las redes de cálido toque....

Vibraban silentes los castos efluvios
Del alba, la diosa
Que prende amorosa
Halos en la espiga, nuríficos, rubios....

Del ave el conuento—turbión de armonías—
Del éter cribaba
Las ondas y daba
A nítidas flores frescor y ambrosías....

Eran de tu vida los dulces arpegios
Que, aun niña, modulas,
Cuando ya inoculas
Amor por la patria y arranques egregios....

A tanto donaire, cuán presto engalanan
Los rayos febeos
Que fraguan trofeos
Y bienes gloriosos ubérrimos manan....

Tus manos de nieve no esgrimen acero
Que sangra al dar muerte....
Pero arma más fuerte,
La péñola guías, con ímpetu austero!

Oh, bella! oh, noble! oh, ínclita dama!....
¡Cuán fúlgida brillas!
Aquí, de rodillas,
Un pueblo ferviente con ansia te aclama!

La luz que subyuga, puso en tí, Belleza;
Mas... ¿qué es tu historia,
Si te dió la gloria
Un alma en que anida la augusta realeza?....

Poblaron el aire los ecos dolientes
De patria cautiva....
Y tú, airada, altiva,
Forjaste anhelosa los dardos hirientes....

En limpios raudales bajó de los cielos
La luz que caldea....
Trocóse en idea
Y fué la coraza de Hidalgo y Morelos!

Vivieron en tu alma, en dulce conubio,
La paz, que consueta,
Y el amor, que vuela,
Pues fuíste de bienes venero y efluvio!

Y así, con tan castas virtudes, rendiste
Fervor prepotente
A la patria ingente:

Fortuna y amores y anhelos le diste....

No sólo el Anáhuac tu frente arrebola
¡Oh, noble heroína!
Tu gloria domina
En todos los pueblos de habla española!

Bendicen mil veces tu magna proeza
Tus fieles hermanos,
Pues son soberanos
Del suelo fecundo que amó tu grandeza

¡Y á tí, varón fuerte y excelso patriota,
El saludo más regio!
Que en el florilegio
De próceres, tienes la épica nota!

Uniste en tu alma dos firmes amores:
El de tu heroína,
Y aquel que fascina....
Aquel de la Patria que surge en Dolores!

Hubo en tu amor fases de erguida atalaya....
Primero... las flores;
Después... los fragores
En tu epitalamio, de torva metralla....

De hogar y de patria formaste cadenas,
Cadenas de oro
Del magno tesoro
De fe y patriotismo que ardían en tus venas....

¡Oh, noble! ¡oh, inmenso campeón de las lides!
Tu nombre inviolado
Se yergue nimbado
Con el sol que alumbró á los adalides!

¡Oh, pueblo! ¡tu triunfo el orbe pregona!
Flagela ambiciones
Que acechan tus dones!
Si viene el ultraje, recuerda á Leona!

¡Oh, patria! si esclava llegaras á verte,
¡Levántate! y fiera
Graba en tu bandera
La ley de tus héroes: «¡Libertad ó muerte!»

NÚMERO 111.

Discurso pronunciado por el señor Licenciado don Isidro Fabela en el acto del descubrimiento de la lápida conmemorativa de la prisión de José María Morelos, el 21 de septiembre de 1910.

El genio de nuestra raza heroica fué Morelos, porque él encarnó el alma de la Patria, cuando el pueblo, en un grito trascendente de

colmada angustia, reveló al conquistador hispano el nacimiento de su conciencia nacional.

No era bastante para las necesidades del momento histórico de 1810, la voz del iniciador que lanzara el desafío épico en Dolores expresando en odio y con desorden el anhelo imbibido en todo corazón americano.

No eran idóneos para representar al espíritu étnico los mil y mil insurgentes que surgían de la ciudad y del bohío, prontos á arrancar á la representación regia su jerarquía, al amparo de un derecho, una fuerza y un Dios.

No eran tampoco los evocados por las necesidades sociológicas los íncitos capitanes que de Hidalgo á Morelos asombraron al español con su valeroso empeño en pro de nuestra Independencia.

Había de llegar un alucinado, un elegido, un adalid, un grande hombre que sintetizara los esfuerzos de su raza.

Tenía que aparecer en la legítima justa el genio indispensable que respondiera como una reacción excepcional á las necesidades generales de la especie.

Había de surgir del pueblo, para conducir al pueblo, un inspirado que no oyera más clamores que los de redención de sus iguales, que no sintiera más emociones que las de sus hermanos oprimidos, que no abrigara más ilusión que la noble de Libertad, y que, simbolizando el alma de la Patria al conjuro de su destino, se adueñara de la más bella idea de todo siervo: emancipación, para después, sugiriéndose encontrarla hermosa y grande, hallarla divina en todos los actos de su vida, y abdicando para sí de todo egoísmo, se creyera íntimamente salvador de un pueblo, con la plena confianza de un fuerte, la inmensa fe de un predestinado y el amor infinito de un patriota.

Debía aparecer el genio de la raza, y surgió Morelos.

No era el estadista que trajera el prestigio de ninguna hazaña gubernamental; no era un orador que en sus labios llevara el arrebatado de las multitudes; no era un poeta de laureada testa que hubiera cantado las elegías de su oprimida stirpe; no era un intelectual que con su idea llegara á ser el director pensante de su grey; no era un prócer que tuviera el obligado vasallaje de los poderosos, ni un paladín guerrero que ostentara en su pepló las señales gloriosas de su victoria; era mucho menos que todo eso y llegó á ser mucho más que todo eso.

Era un humilde.

Quando se acercó al Padre Hidalgo, no puso á su servicio ni notoriedad, ni fortuna, ni poder, sino su vida, y con ella el sentimiento más puro de amor á la Patria.

Recordad su relato de solicitud y revelación, cuando principiara cohibido diciendo sus cariños á la Patria, y sus anhelos, para concluir, animado hasta la epopeya, con un acento tempestuoso y terrible que se desbordó á imperio de la pasión que lo creara.

Reconoció á Hidalgo como jefe constituido de la revolución, y llegó á él desde muy lejos, recorriendo en su retorno aquella pesada ruta suriana, «donde cada paso es un abismo y una insolación cada jornada,» únicamente á demandar un puesto humilde por el que pudiera colaborar en la obra emprendida, y acatando las órdenes que recibiera, llegó á su destino más dichoso que pensara, con un nombramiento miliciano que, constituyéndolo autoridad, fué el principio de su carrera y la base de su eterno renombre.

Descendía de la clase humilde; por eso supo y pudo ser intérpre-

te de la masa popular que se revolvía entre las ansias incontenibles de su libre acción coartada. Su corazón palpitaba al unísono del pueblo, porque con él estaba identificado y sabía sus amarguras, comprendiendo sus aspiraciones.

Abandonó á sus paupérrimos feligreses de Carácuaro para empuñar la espada, como Guillermo Tell dejó á sus labradores de la antigua Helvetia para fundar entre las rocas un asilo para la razón y la virtud.

Venía de la gleba como vino después Garibaldi, y como el héroe itálico, odiaba á todos los opresores, amaba á su pueblo, aspiraba al bien, despreciaba á la muerte, rehusaba los honores y adoraba á su Patria.

En su alcurnia, Morelos pudo alentar, á cada uno de los estremecimientos de su pecho, una tradición del ejército que lo seguía y una leyenda de la raza bélica que lo respetaba.

¡Oh, no! no es sangre de patricios la sangre de los héroes!

Era convincente é insinuante; por eso pudo fundar en Zacatula su incipiente ejército, conquistando á la ignara gente que lo recibiera hostil, acabando por dejarse conquistar cuando el héroe apeló á la elocuencia de la verdad y el sentimiento.

Para hacerse estimar, practicó el buen ejemplo.

Quando sus tropas dispersas y medrosas huían del ataque del Veladero, avanzó á un paso estrecho, y arrojándose á la tierra que lo vio nacer esclavo, invitó á sus soldados á que pasaran sobre su cuerpo.

¡Oh, no! aquellos fieles no podían macular con su planta al venerado General que les predicara la buena nueva.

Era un valiente.

Las almas de Cuauhtémoc é Ilhuicamina retornaron á él para iluminarlo en el combate y sostenerlo como el portavoz de sus inmortales triunfos.

Cuautla y Orizaba, Oaxaca y Tixtla miraron asombrados al valeroso combatiente, recto en sus planes, feroz en el ataque, tranquilo en el peligro.

Como signo de su valentía se perpetuará en la Historia la frase homérica del soldado: «Más vale morir matando que entrar en Cuautla corriendo.» Eso, cuando le silbaba en los oídos la rápida elegía de la muerte; cuando el león Galeana, con enojo filial, le reprendiera por su calma temeraria; cuando el puñado de espartanos que le bendecía, lloraba en la trinchera mirándolo avanzar pausadamente, como si un presagio del cielo lo sostuviera en la confianza.

Tal vez, como á Juana de Arco, una voz extrahumana le murmuraba al oído: «salva á mi patria,» y un mandato divino le repetía: «para eso has nacido.» Por eso despreciaba á la muerte como los bravos soldados del lejano Oriente.

Supo también ser inexorable con los traidores, cercenando sus cabezas para ejemplo de menguados, y consciente en su deber, no prodigó el perdón, para mantener vivos los temores del contrincante altanero.

Pero fué un gran bueno, y un gran misericordioso con los leales, los débiles y los pobres. ¡Cuántas veces consoló las penas de los huérfanos, alentó á los desamparados, compartió con sus patriotas el único pedazo de pan que consiguiera, y enajenó sus vestidos para cubrir al desnudo ó alimentar al enfermo!

Era un carácter.

Llamado á operar en su país una obra depurativa de salud pública, dirigió todos sus actos á tal fin, sin vacilaciones ni desmayos,

sino derechamente, con una voluntad inalterable y uniforme y una coordinación perfecta en todos sus actos civiles y militares.

Fué un perseverante.

Laboró sin tregua, laboró siempre, lo mismo en la ciudad que en la montaña, en la revuelta que en el descanso.

Estaba al cabo de todas las necesidades políticas ó materiales de sus subordinados, atendiéndolas con la acuciosidad y diligencia raras de un ser superior.

Al propio tiempo era legislador y soldado, consejero y político, artesano y sacerdote.

Fué un honrado.

Por sus manos pasaron el oro y el botín de guerra sin tentarle la codicia.

Las riquezas que hubo, las recibió con beneplácito, porque con ellas podía cubrir las apremiantes necesidades de su indispensable revolución. A él, le quedaban los áureos ideales de reconquista que le arrastraron al ensueño de una vida amable y dulce, sin el tirano de tres siglos, y bajo la enseña de una nación libre, independiente y soberana.

El General Morelos es el genio militar de nuestra Historia.

Para el arte de la guerra, simple y de mera ejecución, es preciso un constante buen sentido, que el héroe tuvo en todos sus hechos de armas, sin prejuicios ni claudicaciones, y con el alto interés preciso y claro de su objeto magnánimo.

Dueño, además, de una voluntad que no mandaba sólo á sus actos, sino á su lucidez, á la sencilla aplicación de sus ideas, y al juicio, característico del genio, logró cien victorias que lo prestigiaron hasta en el último confín de Nueva España, llenando de temor y admiraciones á las huestes reales, muy más fuertes en número y pertrechos que las del más hábil y formidable campeón de la pléyade insurgente.

Fué un astuto en los instantes premiosos; digno sin orgullo; modesto sin humillaciones; urbano sin afectación; afable sin familiaridad; justo en sus tratos; moderado en sus placeres y amigo de la moral y de la religión.

Se sobrepuso á todas las dificultades, se sometió á todos los trabajos y soportó con denuedo todas las penas fatales, con tal que fueran en beneficio de los suyos.

Antes de dominar á los demás, aprendió á dominarse á sí mismo.

No era culto ni magnífico, pero abundaban en su espíritu supremo el juicio práctico y la sensatez, más propicios á los directores de colectividades que la sabiduría.

No le cegaba la cólera, ni le torturaba la ambición, ni el interés personal le seducía.

Tuvo el conocimiento intuitivo de las flaquezas humanas; supo escoger entre muchos al servidor más apto para su intento, y entre mil proposiciones supo distinguir siempre la mejor.

Tuvieron sus cualidades todas tan armónico conjunto, que completaron una personalidad pujante con las características constitutivas del genio.

En su obra política, Morelos no conquistó el ideal que perseguía.

«Sin embargo, la obra del político, aunque inalcanzada y naturalmente imperfecta, es la más patente prueba de sus purísimos ideales y de su acendrado sentimiento patrio.

El enseñaba fundamentar, al fin de sus campañas, una paz de

pueblo autónomo y crear, así, una nación respetable y respetada, con el gobierno requerido por un pueblo de iguales: la República.

Meditando siempre en ese tópicó sublime, no descansó en la lucha diaria hasta lograr reunir en 1814 el Congreso de Chilpancingo, que fué el mejor premio de sus virtudes y la más bella de sus realizaciones.

Tuvo que sobrellevar las envidias inevitables y las escisiones vergonzosas para llegar á tan ansiado término, hasta que al fin, ante los representantes populares que reunió después de ímproba labor, dió al primer Congreso Nacional los famosos «Sentimientos de la Nación,» informados en el más sincero patriotismo.

Estatuyó en ellos que la América era libre é independiente; que la soberanía dimanaba del pueblo, debiendo depositarse para su ejercicio en tres poderes: Legislativo, Ejecutivo y Judicial; quedaban para siempre abolidas la esclavitud y la distinción de castas, no debiendo haber más diferencias entre los americanos que las del vicio y la virtud; proscribió las torturas, los monopolios, las penas infamantes, la alcabala y el tributo, terminando tan admirables principios, inspirados en la Asamblea Constituyente Francesa y en las Cortes de Cádiz, elevando á precepto constitucional la solemnización del 16 de septiembre, aniversario del Grito Redentor de Dolores, para rendir, así, culto y honores á los Padres de la Patria.

Más tarde, al fin de un éxodo de intensa abnegación, escoltando á los porta-estandartes de la nueva democracia, dió al pueblo, en Apatzingán, su primera Constitución Política, que si no es un conjunto práctico de principios de gobierno, lleva en su alma las teorías de derecho y de justicia, de igualdad, de paz y de confraternidad humanas.

Elevó á categoría de derechos del hombre, la propiedad, la seguridad personal y las libertades física y de pensamiento, cimentando, así, en el primer Código Político Mexicano, el ideal que más tarde lanzaron al mundo los constituyentes de 57.

Y aquel magno paladín, sin embargo, no tuvo hasta su muerte la sonrisa plácida de la fortuna, ni escuchó las trompetas de la fama, ni oyó las clarinadas de un triunfo definitivo; pero alcanzó, sí, la envidiable aureola de los mártires y la legítima inmortalidad de los superhombres.

Cayó en la contienda cuando era más precisa su acción para salvar á la Patria.

Debilitado en las derrotas por servir de salvaguardia al Congreso, que él veía como medio necesario de su objeto, fué aprehendido, vilipendiado y escarnecido.

En sus últimos combates, la desgracia lo acompañaba por doquiera, acongojándolo, pero no abatiéndolo. Por eso dijo á Quintana Roo después de Puruarán: «Es preciso llevar con paciencia las adversidades. . . . aún ha quedado un pedazo de Morelos y Dios entero!»

No perdía la esperanza ni menguaba su fe: era el impulso de su raza, que lo mantenía sereno como un Guzmán y valiente como un Cid.

Los infortunios lo agigantaron; nunca fué más noble, ni más bueno, ni más bravo, ni más digno Morelos, que en la adversidad.

Entonces se reveló en toda su magnificencia el altruismo de su conducta; entonces resplandeció blanca, soberbia y gloriosa su inalterable pasión por la Patria.

Despojado del mando militar, obedeció sumiso las órdenes injus-

tas y torpes del Congreso que él mismo formara; destinado á guardar la vida de aquél, acató sin condiciones el mandato inexperto que lo rescataba de los campos de batalla, donde su espada había sabido señalar magistralmente al soldado la defensa de sus instituciones.

Así fué inevitablemente de peligro en peligro, á la postrera derrota y al victimario.

Allí también fué grande entre los grandes: Bravo, el magnánimo, le indicaba el camino de la salvación de la vida, y el fué á la muerte, diciendo: «Vaya usted á escuchar al Congreso, que aunque yo perezca, importa poco.»

Aquello era la abdicación completa de su personalidad, la excel-situd suprema de amor patrio, la más alta manifestación de sus sinceras aspiraciones.

¡Oh, sí, Morelos amaba á la Patria, porque la Patria era hija suya, y como Séneca, no la amaba por grande, sino por suya!

Amaba á la Patria, porque su amor es dulce y compasivo; porque no podía mirar sus dolores, sino con estremecimientos paternales.

Amaba á la Patria, como decía Mazzini, no por su territorio, que no es sino su base, sino por la idea que brotara en él, de comunión de pensamientos, que estrechara á todos sus hijos.

Amaba á la Patria, porque antes había sabido amar á la familia; porque sus abuelos y sus padres la amaron al presentirla.

Amaba á la Patria, porque era un virtuoso, y la primera de las virtudes, según el verbo napoleónico, es la devoción de la Patria.

Amaba á la Patria, porque el extranjero se adueñó de sus montañas y de sus lagos, de sus campos y de sus cielos; porque la Patria tenía sus pensamientos y se los habían arrebatado; porque tenía su historia y se la habían mancillado; porque la Patria era de su raza y de sus dioses, y él había venido al mundo á rescatarla del intruso y á ponerla á los pies de sus hermanos.

Morelos fué más patriota que el libertador americano, porque Washington suspiró siempre por la silente paz de Mount Vernon, y el mexicano, pensando con Cicerón que las mejores y más nobles facultades deben consagrarse á la Patria, primero que á sí mismo, no tuvo más descanso que sus noches, ni soñó más retiro que el eterno, si no conseguía salvar á su Patria.

Fué de más carácter que San Martín, porque aun lleno de decepciones é ingratitudes, emanadas de los mismos que protegiera, supo ser abnegado y obedeció sin sufrimientos, peleando como antaño, cuando fuera el único, y no fué al ostracismo, despechado, doliente y como el gran argentino, porque sabía que la Patria lo reclamaba en sus tristezas.

Fué más humilde que Bolívar, porque jamás pensó ceñirse una corona ni recibió con halago las lisonjas y las adulaciones que saciaran su vanidad. ¡Oh, no! Morelos desdafiaba los honores y los títulos, despreciaba la lisonja y desconocía las vanidades.

Nadie más merecedor que él de la rememoración lapidaria y los honores póstumos.

Amémosle infinitamente, amémosle siempre. Sigamos en los momentos de angustia nacional su fuerte ejemplo; evocándolo sabrá conducirnos á la victoria, si el extranjero osa la invasión de nuestra tierra ó el desconocimiento de nuestra ley.

Los muertos inmortales son más poderosos que los vivos; que él conduzca á nuestro pueblo.

Es reconocimiento y es justicia: la fama de Morelos no es producción imaginaria del mexicano; no es un hiperbólico amor ni una

falsa gloria forjada por la leyenda nacional; es algo fuerte como el bien é imperecedero como la verdad.

NÚMERO 112.

CANTO A MORELOS.

Poesía leída por el señor Diputado don Manuel H. San Juan en el acto del descubrimiento de la lápida conmemorativa de la prisión de José María Morelos, el 21 de septiembre de 1910.

Para vastas concepciones, el espíritu;
para empresas prodigiosas, el aliento;
el impulso de las alas, de las alas de los cóndores
que, cerniéndose soberbios
entre brumas y entre nubes,
se remontan á los campos infinitos de los cielos.
Y los ojos con miradas aquilinas,
y la frente con el sello
de los hombres que, elegidos por los hados,
resquebrajan y demuelen los imperios,
y consuman los destinos insondables,
los destinos misteriosos de los pueblos.

De las fieras la bravura;
el ardor de los volcanes en el pecho;
la arrogancia de los árboles del trópico;
la altivez de los crestones de los cerros.
Y en los nervios y la sangre,
y en el ánimo y el genio,
las virtudes heredadas de los indios,
las influencias ancestrales del ibero:
de Cortés y de Pizarro la osadía,
de los *teules* formidables el esfuerzo;
el valor de los insignes capitanes,
y la fe de los piadosos misioneros;
el arrojo de Viriato,
y el coraje irresistible de Cuauhtémoc.

En las épocas heroicas
que perduran en los cantos de la cítara de Homero,
también él audaz llegara
en las naves belicosas de los griegos,
á los muros de Ilión, con los aquivos,
en su pugna encarnizada con los teucros,
á luchar bizarramente en los combates
como el hijo valeroso de Peleo.
Contra Xerxes, como Leónidas,
con los rudos espartanos, también él hubiese muerto.

Impetuoso, cual Anfibal,
tramontó las altas cumbres en su vuelo,
y tenaz, como Espartaco,
propugnó por hacer libres á los siervos.
Y el acero de Mudarra,
y el puñal que ennoblecó Guzmán el Bueno,

y las flechas que lanzaba Xicoténcatl,
y la cota de Jiménez de Cisneros,
cual las armas del soldado sacerdote,
¡eran dignas de aquel ínclito guerrero!

Respiró la libertad sobre las sierras;
le prestó la tempestad su voz de trueno;
de la esgrima fulgurante de los rayos,
aprendió cómo se abate el roble enhiesto;
y el empuje de las olas
cuando hierven agitadas por el viento,
le enseñó, para el asalto,
de los ímpetus audaces el secreto;
y tomó del aquilón el fuerte azote,
de la tromba gigantesca el golpe fiero.

Pero vió también que luce
desde el trono soberano del hermoso firmamento,
almo sol que mana luz, que mana vida,
y en su curso las difunde con los rayos de su fuego,
por igual entre los seres
que sustentan dondequiera el orbe entero
¡Y aspiró la libertad sobre las cimas,
y halló el signo de justicia sobre el cielo!

Cómo encarna en aquel hombre,
cómo brilla tan radiosa en aquel genio,
toda el alma de las razas y las tribus
refundidas en la sangre de este pueblo
Desde el polvo se levanta,
desde el fondo del abismo del dolor y el sufrimiento,
y el trabajo lo enaltece,
y la ciencia le descorre el triste velo.
Es ungido en el recinto del santuario,
y consagra en los altares de los templos,
y en el santo sacrificio,
cuando suben las volutas del incienso,
él, alzando la hostia pura,
pone en otra redención el pensamiento:
en aquella redención que se conquista
por la fuerza y con el hierro;
en aquellas redenciones que se compran
con la sangre generosa de los buenos.

Cuando suena la campana de Dolores,
al llamado de la Patria va Morelos,
y recibe nueva unción, otro bautismo
con la gracia que le viene de lo excelsa.
Se levantan los ejércitos,
y á su voz, como clarín de las batallas,
le siguen fervorosas muchedumbres
que acaudilla con su acero
por el áspero camino de la gloria,
en el nombre de la Patria y sus derechos.

Cual torrente desbordado,
como alud que se despeña con estruendo,
raudo corre, todo invade, todo arrasa,
como el mar cuando se sale de su centro.
Al galope del corcel de las victorias,
por doquiera va luchando y va venciendo
con los golpes aplastantes de sus brazos,
que semejan á los brazos de Briareo;
son los Bravos, Galeana, Matamoros
de patriotas admirables el espejo,
de gallardos paladines el dechado,
de aguerridos capitanes el modelo.

Sobre Cuautla aquel coloso se sublima,
y consuma la estrategia del milagro con sus hechos
y merece que la voz de los monarcas
le dedique sus elogios y lo ponga como ejemplo.

Mas ¡oh, sino de los héroes!
¡Oh, mandatos del horóscopo funesto!
Aquel rayo de la guerra,
General á quien aclama el campamento,
aquel hijo de la gloria,
vencedor en cien combates y el primero
entre aquellos abnegados insurgentes
que, luchando por ser libres, perecieron,
eclipsada ya su estrella,
ascendió por los peldaños del patíbulo sangriento,
y cayó sobre las rocas del calvario
como al golpe de las hachas se desploma el alto cedro;
y al chocar aquel gigante con la tierra,
¡se sintió que retemblaba el hemisferio!

Cuando su alma traspasó las pardas nubes
y subió, como las águilas, al cielo,
los espíritus del Cid y de Pelayo
con laureles y con palmas la acogieron

NÚMERO 113.

Discurso pronunciado por el señor Licenciado don Ezequiel A. Chávez, Subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, en el acto de la jura de la bandera por los obreros, el 30 de septiembre de 1910.

Quisiera, amigos míos, en pocas, pero fuertes palabras, decirlos aquí, en esta ocasión solemne, lo que de modo obscuro en unos, en otros con claridad plena, todos pensamos acerca de la absoluta necesidad de unión de los mexicanos, para que México llegue á ser cuanto queremos que sea: más próspera siempre, siempre más feliz, siempre más querida.

Quisiera decirlos esto, y recordar al propio tiempo los grandes hechos que en la vida de nuestro país lo comprueban; y declarar aquí lo que todos aseguramos con convicción perfecta: que nada necesitamos tanto para vivir y progresar, como estar unidos, como vivir siempre unidos.

Y desde luego, puesto que nuestra patria tiene un símbolo supremo en el que todos la vemos ante nosotros, os habéis detenido un momento á considerar la edad, que por fortuna va haciéndose lejana, en que ese espléndido símbolo, en que esa bandera nuestra, la bandera blanca, verde y roja no existía? Os habéis detenido á considerar el tiempo en que nació y el de su vida estupenda?

Fué al principio, bien lo sabéis, la época remota de aquellos obreros eximios, nuestros progenitores, los *toltecas*, cuyo nombre quería decir y significa tanto como ilustres artifices; en los primeros grandes siglos gloriosos de esta tierra, para el resto del mundo ignorada, crearon ellos la luz, una luz propia, una civilización original; robaron, como el griego Prometeo, el fuego del cielo, sin ayuda de nadie, por sí solos.

Y sin embargo de sus estupendas conquistas de ciencia y de progreso, ellos, tanto como los otros pueblos aborígenes, á causa de la sangrienta desunión que los separaba, cayeron vencidos. La bandera nuestra no estaba allí para ligarlos, no podían unirse en torno de ella.

Vino después la época larga: la transfusión de la sangre europea en las abiertas venas de la raza india se operó lentamente; enmudicieron los oráculos antiguos; sobre los derruidos restos de los *teocallis* se erigieron las iglesias cristianas; los antiguos cantares indios entraron en el caliente nido de los corazones, de donde antes salían, y replegaron allí las alas. La Patria, sin libertad, en medio de las sombras, iba abriendo sitio, no obstante, á todos sus hijos, unos junto á otros: á los recién llegados, á los que había aceptado en su regazo, á los blancos, á los que le traían nueva lengua, nueva religión y nuevas ideas, lo mismo que á los primogénitos, á los indios, á los valientes hijos del sol de América que, después de crear una forma autóctona de cultura, habían caído fulminados junto á las cenizas de sus dioses muertos.

Cuando la Patria sintió que la transfusión de la sangre se había operado, puso sus manos de virtudes miríficas sobre el cuerpo de sus hijos exánimes; con palabras proféticas los llamó otra vez á la vida; les gritó que tuvieran deberes iguales, ya que para todos su amor era el mismo, y, á fin de hacerse reconocer por todos, encendió sobre la noche secularmente crepuscular de la Colonia, la luminosa alborada, cargada de promesas, del 16 de septiembre, y puso una bandera, blanca y azul, en las manos del hombre que entonces mejor la comprendía, del que entonces más la amaba, de Hidalgo. En los pliegues de esa bandera, que el viento de todo el territorio mexicano vino á besar estremeciéndose, palpaba la libertad: infinita, sin mequinos límites, como el azul del cielo; luminosa y pura como la nieve de los volcanes; palpaba la libertad del pueblo y de todos los hombres: la emancipación política, la abolición de los tributos y la abolición de la esclavitud.

Millares de mexicanos, no obstante, los que servían á los realistas, no se unieron en torno á la bandera blanca y azul, y la patria, largos años, los años gloriosos de muerte y de lucha, perdió uno tras otro á sus mejores hijos: á Hidalgo el inspirado, á Morelos el fuerte.

La bandera azul y blanca se empapó entonces de sangre: la roja sangre de nuestros mártires, la sangre heroica de nuestros padres cubrió su azul de cielo: la bandera azul y blanca cayó entonces varias veces en los campos de batalla; allí, sin embargo, donde sólo parecía haber gritos, muerte y desesperación, renacían incesante-

mente nuevos anhelos, como en los campos de la Patria renacen sin cesar plantas y flores; y así, los campos de muerte, en que la bandera blanca y azul caía, por ser campos en que la Patria luchaba, convirtieron en campos de esperanza.

La caída bandera blanca y azul siguió teniendo el alba inmaculada de los ideales; pero su azul se dividió en dos colores: en el rojo, del bautismo sangriento, del incendio glorioso, del amor sobrehumano, y en el verde sublime, que doquiera evocaba esperanzas.

La bandera roja, blanca y verde se alzó luego en Iguala, y cuando los mexicanos la vieron surgir así, santificada por la sangre de los mártires, levantada por la esperanza del pueblo, y proclamando la unión con su albura inmaculada, acudieron todos á ella, se unieron á ella.

Entonces se realizó por primera vez la primera maravilla: lo que no había logrado hacer la abnegación sublime del Padre de la Patria, de Hidalgo, no obstante el amor infinito de los pueblos que al oírlo se pusieron en pie; lo que no había logrado la espada luminosa de la libertad, la fulgurante espada de Morelos; lo que no habían conseguido, á pesar de portentos de bravura, de inteligencia y de heroísmo, legiones de patriotas, la victoria definitiva de la Patria, la obtuvo la unión de sus hijos, la unión de todos los mexicanos en torno de la enseña tricolor de Iguala.

Desde entonces, cuantas veces nos hemos desunido, hemos probado la amargura de las derrotas; cuantas, por lo contrario, hemos estado unidos, la victoria ha sido de México.

No estábamos unidos todos los hijos de la Patria en torno de la bandera de México cuando se quebró el país, y su región del Norte se adhirió al Septentrión; no estábamos unidos luego, durante la guerra funesta, cuando los ejércitos que iban á combatir al enemigo extranjero se volvían á combatir al gobierno que los enviaba á la lucha.

No estábamos unidos todos cuando, con banderas que parecían iguales y que eran distintas, luchaban unos para conquistar el fin de los privilegios, mientras que otros pugnaban por conservarlos. No estábamos unidos, y sin cesar encontrábamos en nuestros campos la miseria; en nuestras ciudades, la miseria; en los corazones de los enemigos de la igualdad y la fraternidad, la miseria.

Cuando la Intervención Francesa vino á México, tampoco estábamos unidos todos los mexicanos, en torno de nuestra bandera; unos la empuñaban contra los otros, y la desunión hizo que nuestras más poderosas ciudades, que la misma México, sucumbieran, que sucumbiera casi todo el país, porque en todo el país la desunión seguía.

Un momento llegó, sin embargo, en que empezamos á unirnos todos, como en el tiempo en que la lucha gigantesca de nuestra emancipación política terminó en la victoria; cuando empezamos á unirnos en el mismo ideal de la Patria, por el Oriente, por el Poniente, por el Norte, por el Sur, los mexicanos fueron acercándose más y más á los mexicanos; corrieron hacia el centro, hacia Querétaro, y luego que nos unimos allí, en torno de nuestra bandera, el enemigo cayó muerto.

Desde entonces no ha habido derrotas: si por breves momentos se ha detenido nuestro progreso, es que por breves instantes nuestras manos se han separado, es que no hemos visto todos con la misma mirada de amor la bandera santa, la enseña de la Patria.

Razón tenemos, pues, amigos míos, para venir hoy, como venimos, en torno de esa bandera; razón tenemos para decirle, como le

decimos: si de tí nos apartamos; si no nos unimos en tí y por tí, que eres la imagen visible de nuestra patria, que llevas la representación palpitante de nuestra esperanza, de nuestro amor, de nuestro ideal, seremos vencidos, seremos escarnecidos, seremos vilipendiados; nos lo ha enseñado nuestra historia con las más dolorosas y tremendas lecciones; nos uniremos, pues, en tí y por tí, Patria nuestra, que estás representada por la bandera roja, blanca y verde; nos uniremos en tu amor, estaremos siempre unidos para que nuestra Patria no perezca nunca.

Y por eso aquí venís y aquí venimos, para jurarlo así, en el último día del mes glorioso, como lo ofrecieron nuestros hijos, con toda el alma, en una mañana en que la tierra mexicana alborozada oyó cantar en los labios de los niños aleluyas infinitas.

Y sabéis bien, y sabemos todos, que al hacerlo así, hacemos una obra mejor que la de madera, de piedra, de bronce, de hierro ó de meras palabras que forjamos todos los días; sabemos bien que en estos momentos somos obreros de una obra inmortal, y que seguiremos siéndolo constantemente, ya que queremos ser y seremos obreros del engrandecimiento de la patria.

Mas no solamente nos acompañarán en este juramento supremo de enaltecer, engrandecer y ennoblecer constantemente á la Patria, por el propósito firme de hacer cada vez obras mejores, los que aquí han venido con nosotros; nuestro juramento repercutirá en todos los ámbitos de la República, y cuantos sepan que hoy juramos estar unidos siempre en torno de la bandera tricolor, para que México ascienda cada vez á cimas más altas de libertad y de progreso, y que juramos por amor á México estar cada día más fraternalmente unidos y hacer cada día mayores esfuerzos para que nuestras obras sean siempre más bellas y más buenas, se unirán á nosotros en nuestro juramento, se unirán á nosotros, sea que vivan en nuestras altas serranías, en las quebradas ó en los llanos, al borde del mar ó en el hirviente corazón de las ciudades, como nosotros nos unimos á nuestros hijos aquella luminosa mañana en que decían:

Bandera, bandera tricolor, bandera de México, en este año y en este mes en que la República cumple el primer siglo de vida independiente, ofrecemos, con toda el alma, estar siempre unidos en torno tuyo, como símbolo que eres de la Patria, para que México obtenga perpetuamente la libertad y la victoria!

NUMERO 114.

NUESTRA BANDERA.

Poesía del señor don Rubén M. Campos recitada por la señorita Sofia Camacho en el acto de la jura de la bandera por los obreros, el 30 de septiembre de 1910.

Escuchad una página bella de nuestra historia:

Era un mayo en que México, vencida cual Pretoria, en las garras de tigre del invasor caía, y Juárez, como Krüger, hacia el desierto huía. El indio taciturno, del Palacio á las puertas, alzó por la vez última los ojos. Las desiertas almenas dentellaban la mansión de Virreyes transformada en santuario de libérrimas leyes;

y en el frontón del pórtico crepitaba á los vientos la bandera del águila de los héroes sangrientos. Juárez sintió en el alma un dolor infinito: la bandera, entre tanto que él erraba proscrito, iba á ser profanada? . . . ¡Jamás! Los invasores saludar no debían los divinos colores, emblema de la Patria vencida! Y el patricio impasible en el trance del tremendo suplicio, hizo arriar la bandera, cuya púrpura ungida era sangre preciosa por mil héroes vertida; cuya franja esmeráldica era dulce esperanza; cuya blancura nívea encarnó paz y alianza! El patricio, en presencia de sus ministros fieles, guardó el sagrado símbolo; piafaron los corceles, y el héroe en su carruaje partió en pos de la gloria como el anciano Krüger huyendo de Pretoria! Peregrinó hacia el Norte, á través el desierto, padeció sed y hambre á orillas del Mar Muerto, marcó su larga ruta un reguero de osario, tuvo su Gethsemani y tuvo su Calvario . . . Pero llevando siempre los despojos sagrados cual Arca de la Alianza de los Inmaculados!

De pronto, la República en despertar potente, cual si regase lavas en erupción candente, de montañas á valles arroja guerrilleros, que tan sólo pudieron emular los boeros; reconquista los campos y las ciudades sitia; la irrupción, cual las hordas bárbaras de la Escitia, penetra hasta el Anáhuac como Atila en el Lacio, sitia á México, y hace entrega del Palacio Kewenhüller, el Príncipe de los bravos austriacos, á Díaz, el Caudillo de los bravos *chinacos!* Entonces el patricio, Juárez el Benemérito, regresa victorioso de infortunio pretérito; viene á ocupar la antigua mansión de los Virreyes transformada en santuario de libérrimas leyes. Baja de su carruaje, detiénese á las puertas, y antes de hollar triunfante las areadas desiertas, descubre la bandera que siempre trae consigo, porque es su ángel custodio y su mejor amigo; manda izarla, y al toque de clarines y broncees, saluda á la bandera salvada desde entonces!

De Hidalgo esa bandera la sangre ha empurpurado, la sangre de mil héroes su sangre ha renovado: Morelos, Matamoros, Guerrero, Aldama, Allende y Salazar y Ocampo la sangre roja enciende. Chapultepec nos dice que su matiz bermejo es sangre de héroes niños y de Bravo, héroe viejo! La lección del patricio guardemos, mis hermanos! Por nuestra dicha viven soldados veteranos que han regado con sangre también esa bandera salvándola inviolada y triunfante doquiera! Es ella nuestro símbolo! La herencia bendecida de mártires sagrados que inmolaron su vida

por legarnos la Patria! Y en esta noche augusta de conmemoraciones, bendigamos la adusta lección del Benemérito y juremos unidos, por la sangre preciosa de los héroes queridos, defender la bandera, que es de la Patria emblema, la estrofa más divina de su épico poema! ¡Que por salvarte sea mártir ó victimario! Vencedor, seas mi premio, ó muerto, mi sudario! Pues besaré, al besarte, el más regio florón de la Patria, en mis brazos, sobre mi corazón.

NÚMERO 115.

Discurso pronunciado por el señor Diputado y Licenciado don José R. Aspe en honor de los niños héroes defensores del Castillo de Chapultepec, el 8 de septiembre de 1910.

Señor Presidente:

Señoras y señores:

Encerrar en la fría forma de un discurso, y mucho más de un discurso oficial, lo que sólo es expresión del hondo sentir; sujetar al cartabón de la retórica las vibraciones del alma, y amoldar á las regularidades convencionales del arte los entusiasmos del patriotismo, ni fuera la fiel interpretación del sentir de quienes aquí concurren, ni digna alabanza de la épica fiesta que hoy celebramos.

Precisa, pues, romper con ritualidades, siquiera sea para asimilarse más al medio que rodea, á este ambiente de puras emociones y de emociones puras que, como tales, no analizan los hechos, ni estudian el plan, ni reclaman las consecuencias, sino que surgen febriles y sin pauta ante el solo recuerdo de un heroísmo y de un sacrificio sin ejemplo, abandonando la congregante forma del raciocinio para convertirse en la eclosión sencilla y natural del sentimiento.

Y ya lo véis: venimos á ver á los muertos, y nadie viste luto; el altar en que se oficia es una tumba, y con alegría deshojamos sobre ella las flores de nuestras coronas; es una derrota la que se conmemora, y, levantada la frente y serena la conciencia, entonamos verdaderos himnos de victoria.

Tanto vibran las cuerdas del patriotismo á la evocación de aquellos hechos, que no me parece una hipérbole aventurar la idea de que todas las fiestas que celebramos año por año, cualquiera que sea su significación y cualesquiera sus beneficios, en ninguna como en ésta se siente palpitar más vivamente mexicana el alma de México.

Nuestra fecha sagrada, la de la Independencia de la Patria, el 16 de septiembre de 1810, obligará siempre nuestra gratitud; y la condición impetuosa de un venerable anciano venciendo las tradiciones, los dominios, los prejuicios, las supersticiones, por un lado, y luchando con la indolencia, la inercia de un pueblo sin preparaciones, por otro, conmovió hace siempre nuestros corazones y viva, refulgente apoteosis con todo derecho reclama de la Patria Historia. Pero esa acción y esas circunstancias tienen un auxiliar poderoso, una fuerza de inercia que no les es propia, un motor de latir constante que se llama la corriente avasalladora del progreso; es la evolución natural de los organismos, en la eterna transformación de la flor que precede al fruto, del ave que sucede al huevo, del niño que se convierte en hombre, como en admirables versos ha dicho un poeta.

Necesaria, natural, fatalmente imprescindible tenía que nacer la Independencia, porque la marcha del adelantamiento es incesante, y la vida nacional parece ser hasta hoy día una de las más avanzadas etapas del progreso humano. Por eso la resolución, el desenlace, la última palabra de esa epopeya gloriosa que comienza con el Grito de Dolores, tenía que ser, aún á través del tiempo y del espacio, lo que fué: un triunfo.

En el 5 de mayo de 1862 se lucha en condiciones bien desiguales, infinitamente inferiores por nuestra parte: una Nación poderosa, con un ejército aguerrido, cubierto de laureles, lleno de grandezas é imponente por su tradición, por sus vigorosos esfuerzos, por sus elementos de poder, viene á luchar con un pueblo joven, con un ejército naciente, con un tesoro exhausto. Pero hay, por nuestra parte, el cumplimiento de un deber que anima, la luz de una idea que refuerza, y hay una fe que vigoriza esos alientos dando firmeza para resistir y empuje para atacar.

Heroicos, sin duda alguna, los defensores de Puebla; épicas las resistencias de Guadalupe y de Loreto; laureles inmarcesibles los de Zaragoza y los suyos; pero cuentan con el Dios de la Justicia por su parte; saben que si no luchan, serán, sin embargo, vencidos; que el dominio general y absoluto depende del brío en el combate, y, sobre todo, hay eventualidades de triunfo, porque al encararse con el Destino y preguntarle qué suerte les depara, encuentran estereotipada en su faz una sonrisa, sonrisa de duda, pero igual para ambos beligerantes.

Y por eso luchan y con esa fe acometen y con esa idea resisten; y por eso, el desenlace, la resolución, la última palabra es un triunfo.

El 2 de abril de 67 ilustra igualmente las páginas refulgentes de la Historia Nacional; pero aquellos combatientes tienen fe ciega en el brioso Caudillo que está á su cabeza, y este bravo Capitán es un notable estadista que ha visto, palpado, sentido, estudiado y comprendido la situación política de aquel entonces y sabe que la cosa pública estima aquel golpe como desisivo: que de su intrepidez y de su arrojo y de su pericia depende el bienestar de la Patria; es su salud la que busca y á su servicio pone su pericia y su intrepidez y su arrojo lanzándose al combate; y por eso, el desenlace, la resolución, la última palabra es también un triunfo.

El episodio que hoy se conmemora es la defensa de Chapultepec, y en esta tremante página de nuestra Patria Historia, no es ni el convencimiento, ni la idea, ni la duda, ni la esperanza, ni la ilusión las que acompañan á los guerreros. Son, por el contrario, la desilusión, la amargura y la persuasión íntima de que la lucha será estéril, de que la resistencia será vana, de que el triunfo ¡ay! es imposible.

Doscientos cuarenta y tres hombres, cien de ellos niños que apenas alcanzan el primer tercio de la vida humana, se encierran, para defenderlo, en un picacho, aquí mismo, en el mal llamado Castillo que corona las cumbres de este cerro; los seiscientos soldados que los sostienen en la flecha, en la barda, en el bosque, en el fortín y en la entrada, son pocos, son débiles, y pertenecen á esa masa ignara que no tiene ni la iniciativa que á las veces salva, ni espacio siquiera donde ejercitarla.

El enemigo, alto y potente, que ha resuelto esa guerra desde un gabinete con las frías consideraciones del cálculo y que manda á sus tropas cual zarparan de Cartago las fenicias naves cargadas de mer-